

Introducción a un ensayo sobre lo que no respira (*Antonio Salgado*)

Mi viejo es, entre otras cosas, la línea A del subte de Buenos Aires.

El límite entre el Norte y el Sur. El primer relato del mundo que susurraron en mi mente. Susurros que se impregnaron en algún rincón, y permanecieron dormidos hasta que dejé de ser hijo para siempre. Recién entonces comprendí con todas las partículas de mi alma el significado de la palabra “padre”. Mi viejo es Buenos Aires y viceversa. Y yo soy un poco ellos dos.

Me esfuerzo por acceder al recuerdo más antiguo que tengo del mundo, como si ese esfuerzo me fuera a llevar hasta algún puerto desconocido de mí mismo. Pero solamente encuentro una especie de neblina en la que se articulan los viejos trenes de madera excavando la avenida Rivadavia, con el olor metálico del dinero, parecido al que dejaban los pasamanos de los viejos colectivos. Y entre esas sensaciones, recuerdo su voz diciéndome: “Todos esos tipos de traje que pasan por la calle, en realidad, sólo llevan un sánduche de milanesa en el portafolios. Se visten así para aparentar algo que no son. Nunca creas que son personas importantes”.

Ahí estaba el subte, y esos bares llenos de borrachos a donde me llevaba a tomar un café con leche con tres medialunas, y el viaje de una hora en el 60 de vuelta al barrio, y los cines, y el tango de las mujeres solitarias que buscaban en la ventana su reflejo esfumándose en la ciudad.

En ese desarmadero de autos robados en que se convierte la vida durante un tiempo, luego de ver morir a quien te regaló la vida, aparecen esas figuras archivadas, que, de existir algo por el estilo, se parecerían bastante al fundamento absoluto de lo que uno es: una contingencia más. Una situación. Un accidente. Un predicado sin sujeto. Un *loop* de sangre que circula por cada grieta de cada músculo y vuelve a comenzar. Hasta que una noche filosa la devuelva a la tierra, al asfalto; esa versión impermeable del suelo bajo el que duerme la verdad del barro.

Su primer día en la muerte lo pasé en el centro. Salí a buscarlo. Él era el centro de la ciudad, el Congreso, la Casa Rosada, el subte A. Pasé la tarde cambiando de bar, visitando librerías de la calle Corrientes, tomando café y fumando en la vereda, o una cerveza en Balvanera. Era lo único que podía hacerme sentir que todavía estaba, que todavía era. Y ahí estaba, en cada esquina de Buenos Aires, en cada afiche de cada cine, en los libros, en los trenes de madera. En los millones de rostros desconocidos que atormentan las veredas en un día de semana cualquiera, en el que el antiguo sol sigue su recorrido indiferente, colándose entre las torres de cemento que nos impiden mirarlo. El mismo que alumbró a Homero, a Copérnico y a los incas. El mismo sol que observó cada guerra de cada fragmento de nuestra corta presencia histórica. El mismo que alumbró a los dinosaurios, y el mismo que amanecía desde el río en los fondos de la ESMA.

Esa tarde me sentí como el niño que intenta dar sus primeros pasos. Ahí estaba yo, entre sus restos: una ciudad enfurecida que mi abuelo inmigrante eligió por el azar de la necesidad para sobrevivir. Ahí estaban mis latidos, sus latidos, los latidos de cientos de antepasados que caóticamente se mezclaron entre sí para dejarme en ese bar. Solo. Con un único pensamiento permanente: “Ya no estás”. Ya no vas a estar. “El futuro es siempre

metafísico”, pensé, cuando el mozo del café me dejó la cuenta, devolviéndome al cuerpo de mi padre convertido ahora en ciudad, en cultura, en poesía y política.

La ciudad es él, porque no hay nada detrás de esa neblina que algunos estudiosos del alma llamarían “inconsciente”. El padre es el impacto de esa neblina húmeda y densa con las copas de los árboles o las estatuas de los próceres. Es la primera versión de la canción en la que vas a convertirte. Es una función no biológica. El padre de otro puede ser un amigo o una madre o un desconocido. En mi caso mi padre es mi padre. Y la nada que la muerte lleva como bandera invencible, sin embargo, pierde algo. Como los ejércitos conquistadores que acaban absorbiendo dioses y costumbres de la civilización derrotada. Lo implacable también es criatura del caos. Y las victorias y derrotas pasajeras cobran su verdadera dimensión al caminar entre las bóvedas de la Chacarita. Hermosos apellidos dobles, tallados en mármol o metal, pretendiendo burlarse del tiempo, que solo sirven como refugio de palomas huérfanas.

La tumba de mi viejo es el Río de la Plata, volátil, cambiante, inexacto, turbulento y confuso. Como la ciudad que nace a sus orillas, en la que germina lo que decidió dejar al elegirme ser su hijo.